

## LA MADRE DE DIOS.

## MADRE DE LOS HOMBRES.

### SEGUNDA PARTE.

#### CAPITULO I.

**L**as leyes divinas y humanas reconocen y admiten dos especies de paternidad: la paternidad de *naturaleza*, y la paternidad de *adopcion*. La paternidad de *naturaleza* tiene su principio en la fecundidad natural del ser; la paternidad de *adopcion* tiene el suyo en la fecundidad del amor. La caridad es tambien fecunda, dice S. Agustin, la caridad es tambien madre; y cuando la naturaleza no puede ya dar hijos, la caridad los produce por la adopcion. Ella los lleva por decirlo asi, en sus entrañas, los cria y los alimenta en su seno; y el amor que adopta, acude entonces á socorrer la naturaleza que flaquea.

Estas dos especies de paternidad se encuentran en Dios como en su principio; porque, como dice S. Pablo, EN EL CIELO Y EN LA TIERRA TODA PATERNIDAD PROCEDE DE DIOS. El es por naturaleza el Padre de su Verbo, que engendra de su sustancia desde la eternidad. El es por adopcion el Padre de todos los hombres á quienes ha hecho y haee nacer de su amor. Es tanto mas cierto que los hijos adoptivos de Dios nacen de su amor, cuanto que él no tiene necesidad de buscar como los padres de este mundo, una paternidad de

FIN DE LA PRIMERA PARTE

adopcion para suplir el defecto de la paternidad de naturaleza. El es en efecto desde la eternidad Padre por naturaleza de un hijo semejante á él, esplendor de su gloria ó imagen de su sustancia. Por consiguiente solo procura la paternidad con el objeto de comunicar las riquezas de su bondad.

La naturaleza divina es fecunda, y por esta razon tiene Dios por naturaleza un hijo consustancial y perfecto. Mas el amor divino es fecundo tambien, y por esta causa tiene Dios igualmente hijos adoptivos. Ved aquí por qué, dice el apóstol S. Juan, somos deudores al amor infinito de Dios del privilegio que tenemos, no solo de ser llamados, sino de ser realmente sus hijos.

Nuestro título de hijos adoptivos no es, con respecto á Dios, una idea ascética, un título hiperbólico ó un nombre vano; sino un hecho verdadero y real, un hecho que Dios anunció en la Escritura con palabras claras, precisas y enérgicas. En efecto, antes de verificarse esta adopcion tan útil y tan gloriosa para nosotros, la hizo anunciar al mundo por su profeta Jeremias en términos pomposos: Ved aquí, dice, las palabras de Dios todo poderoso: Llegará un día en que yo seré nuestro verdadero Padre, y vosotros sereis mis verdaderos hijos. Cuando este fausto misterio de amor tuvo su cumplimiento, nos hizo decir por boca de su apóstol S. Pablo, que nuestra adopcion por hijos de Dios, por medio de Jesucristo, es el efecto de un decreto de predestinacion que él formuló desde la eternidad; que para llevarlo á efecto, y darnos la solemne investidura de él envió al mundo su Hijo único; que nadie está excluido de esta adopcion, sino que todos los que tienen una fé verdadera en Jesucristo se hallan comprendidos en ella; que ella no consiste solo en palabras, sino que nos dá unos títulos auténticos, unos derechos reales, y nos instituye, en cualidad de verdaderos hijos, herederos de Dios y coherederos de

Jesucristo; que para convencernos de la verdad de nuestra adopcion, el Espíritu Santo dá testimonio de ella á nuestro espíritu, y la recuerda sin cesar á nuestro corazon; y finalmente que no solo nos ha dado Dios el título y los derechos de hijos suyos, sino que ha infundido tambien en nuestras almas este sentimiento, por una comunicacion del espíritu mismo de su Hijo, á fin de que le invoquemos como á nuestro Padre, animados de la misma confianza y del mismo amor con que Jesucristo le llama su Padre. Es indudable pues que nosotros somos, en union con Jesucristo, verdaderos hijos de Dios, Jesucristo lo es por naturaleza; nosotros lo somos por adopcion. El título y el origen son diferentes; mas los derechos, los privilegios y las consecuencias son los mismos.

Despues de haber reflexionado seriamente sobre la materia de que tratamos, es cuando hemos procurado establecer la realidad de nuestra adopcion por hijos de Dios, supuesto que esta adopcion es precisamente el fundamento, el modelo y la regla de nuestra adopcion por hijos de Maria.

En efecto, si se examina la economía del misterio de la redencion, se ve claramente que el Padre eterno quiso asociar á Maria á todo aquello que conducia al cumplimiento de esta obra inefable de su misericordia y de su amor. Por esta razon Alberto el grande llama á Maria LA COOPERADORA DE LA REDENCION. El cardenal Hugo la llama igualmente LA COMPAÑERA DEL ALTISIMO EN LA GRANDE OBRA DE NUESTRA SALVACION. S. Lorenzo Justiniano la llama LA REPARADORA DEL SIGLO; y un gran número de Padres dan con frecuencia á Maria, como observa Arnobio, unos títulos que rigurosamente hablando no convienen mas que á Jesucristo considerado como Redentor.

Pues bien, una vez establecido este libre designio de la sabiduría y de la caridad de Dios de asociarse

una muger en la reparacion del hombre, como el demonio se habia asociado otra para su ruina es claro que el Padre eterno, para hacerla concurrir con él á un fin tan precioso, debió elevarla hasta sí; y hacerla, cuanto podia sufrirlo la capacidad de una criatura, participante de la fecundidad de su amor, lo mismo que de la fecundidad de su ser; y asociarla á su paternidad de *adopcion* respecto á los hombres, como la habia asociado á su paternidad de *naturaleza*, respecto al Verbo divino.

Es evidente que la asoció á su paternidad de *naturaleza* respecto al Verbo divino; porque Maria no podia ser su Madre por una fecundidad propia y natural de la muger. Y bajo este aspecto se habia ella consagrado á una venturosa esterilidad por el voto que habia hecho de conservar intacta su pureza virginal. Cómo podré yo, tener un hijo, cuando he prometido permanecer virgen? Ignora el Señor lo que yo soy y lo que le he prometido? Segun las espresiones sublimes y enérgicas del mismo Angel, Maria no fué Madre del Verbo sino porque participó, en cuanto es posible á una pura criatura, de la fecundidad de la naturaleza divina; porque en efecto una simple criatura no puede hacerse Madre de Dios, sino por la virtud de Dios. No temais, le responde el mensajero celestial; la virginidad que habeis prometido á Dios, no será obstáculo para que seáis su madre. Vos concebireis por una operacion milagrosa del Espiritu Santo que os cubrirá con su sombra, y hará en vuestro seno su habitacion. Vos tendreis á Dios por esposo, porque estais destinada á tener á Dios por hijo. No se trata pues aqui de ser madre por una fecundidad puramente humana, como las demas mugeres, sino por una virtud divina, propia solo del Altisimo, de que sereis llena y rodeada misteriosamente. Asi es como tendreis por Hijo al que reconoce por Padre al mismo Dios. Palabras

sublimes y enérgicas, repito, por las que el Espiritu Santo quiso manifestar que no perteneciendo la fecundidad de Maria á la tierra, sino al cielo, no es del hombre, sino de Dios, que no procede de las leyes de la naturaleza humana, sino del poder de la naturaleza divina del modo con que Maria se hace madre, semejante en cierto modo á la manera con que el Padre eterno es Padre de su Verbo. Y en efecto, Maria engendra sin Padre de su propia sustancia en el tiempo un hombre verdadero que es el mismo Verbo divino que el Padre eterno, sin Madre, engendra Dios verdadero de su propia sustancia desde la eternidad, como dicen S. Cirilo y S. Agustin.

No es posible creer que despues de haber hecho Dios participar á Maria de la fecundidad de su naturaleza, no la hiciese participar de la fecundidad de su amor; y que despues de haberla elevado por un honor insigne á la maternidad real del Verbo divino, no la llamase tambien á participar de este acto de su inmensa bondad que le hace adoptar á los hombres por hijos. Cuando para realizar su obra quiso asociar á Maria á su doble generacion y á su doble paternidad, la hizo en cuanto es posible, Madre por los mismos titulos con que él es Padre, es decir, por naturaleza y por adopcion. Y asi como para hacer á Maria Madre del Verbo, infundió en su seno una virtud divina, asi tambien para hacer á Maria Madre adoptiva de los hombres que él engendró por su amor, infundió en su corazon la ternura de su misericordia y los sentimientos de su bondad divina. Por consiguiente, supuesto que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios y de Maria, porque fué engendrado de la sustancia de Dios en la eternidad y de la sustancia de Maria en el tiempo, los hombres son tambien verdaderos hijos adoptivos de Dios y de Maria, porque el amor de Dios y el de Maria les hicieron renacer á una nue-

va vida. Asi pues el amor es el primer principio y el primer título de nuestra filiación, con respecto a Dios. S. Juan nos dice: Ved los trasportes de amor con que el Padre celestial nos previno: él quiso no solo que fuésemos llamados sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad. El primer principio y el primer título de nuestra filiación con respecto a María es tambien el amor. S. Agustín nos dice: María segun el espíritu no es Madre del Salvador que es nuestra cabeza. Ella recibió de él un ser espiritual, por consiguiente es mas bien su hija, supuesto que todos los que creen en él (y María es ciertamente de este número) se llaman con justo título los hijos del esposo. Mas en cuanto á nosotros que somos miembros de Jesucristo, María es nuestra verdadera Madre segun el espíritu, pues que con su caridad cooperó al nacimiento de los fieles en la Iglesia. Segun la carne es verdadera Madre de la cabeza cuyos miembros somos nosotros.

Este santo Doctor reconoce por consiguiente una doble maternidad en María, la maternidad de la carne y la maternidad del amor. Por su carne purísima es Madre de Jesucristo nuestra cabeza, y por el amor es Madre de los hombres que están unidos á esta cabeza como sus miembros. El corazon de María fué fecundo asi como su seno lo fué tambien milagrosamente; su sangre engendró á Jesucristo, y su amor concurrió á dar hijos á la Iglesia. De este modo, dice S. Bernardino de Sena, se hizo María por amor la verdadera Madre de todos aquellos á quienes S. Juan representaba y figuraba. *(Véase la nota diez y siete.)*

## CAPITULO II.

Es necesario explicar el modo con que el amor de Dios nos hizo sus hijos adoptivos. Porque si la manera inefable con que Dios, sin el auxilio de una Madre, engendra en su propia sustancia su Hijo único, es el modelo y el tipo segun el que María, sin el auxilio de un padre engendra este mismo Hijo de su propia sustancia, el amor por el que los hombres se hacen hijos adoptivos de Dios, es y debe ser igualmente el modelo del amor por el que los hombres se hacen hijos adoptivos de María.

Dios Padre tiene desde la eternidad un Hijo igual á él, que satisface toda la actitud de su amor, asi como absorbe toda su sustancia, que el Padre le comunica enteramente. Mas no satisface su misericordia, porque siendo el Verbo eterno santo con la santidad misma de su Padre, perfecto con todas sus perfecciones, y Dios con su misma divinidad, no puede ser un objeto de indulgencia, de compasion ni de misericordia. Estos atributos divinos no se pueden manifestar sino sobre seres imperfectos, inferiores, débiles y enfermos, que nada tienen, que nada merecen, y á los que nada puede dar Dios, ni aun acordarse siquiera de ellos, sin hacer brillar, como dice S. Bernardo, todo el esplendor de su bondad y de su misericordia. Esta es la razon porque, ademas del Hijo que engendró de su sustancia, quiso tambien Dios crear hijos en las entrañas de su misericordia y en la inmensidad de su caridad.

Mas estos hijos de adopcion que él quiso hacer nacer de la fecundidad de su amor, y que dió por hermanos á su Hijo primogénito engendrado por la fecundidad de su naturaleza, estos hijos han podido per-

derse por sí solos, mas no pueden salvarse solos; ellos han podido venderse á sí mismos, pero no pueden rescatarse. Ellos son esclavos, y es necesario rescatarlos; ellos son enemigos, y es necesario reconciliarlos; ellos son culpables, y es necesario perdonarlos; ellos están corrompidos, y es necesario, santificarlos; ellos están manchados, y es necesario purificarlos; ellos en fin están muertos, y es necesario volverlos á la vida. Pero se necesita un sacrificio para esto; se necesita una satisfaccion, una expiacion; esta satisfaccion debe ser humana en su ejecucion, porque, como dice S. Agustin, debe ser ofrecida por el hombre y para el hombre; pero debe ser divina por su valor, por su mérito y por su excelencia, porque se trata de hacerla agradable á Dios y digna de él. Para esto es necesario que el mismo Hijo de Dios se una al hombre, que se vista de su naturaleza, que sea lo que nosotros somos, sin dejar por eso de ser lo que es, que sea Dios y hombre, á fin de que pueda sufrir como hombre y por el hombre, como verdadero hijo del hombre, y elevar al mismo tiempo en su cualidad de Hijo de Dios, el mérito de los sufrimientos del hombre hasta hacerlos satisfactorios ante la Magestad divina.

O Padre eterno, Padre justo, Padre santo, consentireis vos en esta condicion que el hombre, no solo no hubiera esperado, sino ni aun siquiera hubiera creído posible? Abandonarais á las ignominias, á los tormentos y á la muerte ese Hijo único, objeto de vuestras delicias y de vuestra ternura, esa imagen de vuestras perfecciones; y esto para rescatar á esos hombres que por el pecado se hicieron vuestros enemigos y el objeto de vuestro odio? Concentrireis en entregar vuestro propio Hijo para hacer de él el rescate de vuestros hijos adoptivos? El puso á su propio Hijo, dice S. Pablo, en paralelo con nosotros, y para salvarnos á todos no lo perdonó; sino que lo

ofreció y lo dió voluntariamente. Ese Hijo divino, nos dice él mismo en el Evangelio, que el Dios omnipotente, criador de todo, que de nada necesita, cuya perfeccion, cuya gloria y cuya felicidad nadie puede aumentar, fué llevado á un exceso tal de conmisericordia y de bondad; y que este arrebato de amor fué tan generoso, tan tierno y tan vehemente para un mundo manchado y corrompido; para un mundo digno de todo el furor de su indignacion y de toda la severidad de sus castigos eternos, que sin otro mérito de nuestra parte que nuestra profunda malicia, sin otro motivo que el tesoro y el fondo inagotable de su bondad, nos dió, no un hombre á quien amaba, no tampoco un angel de los que rodean su trono, sino el Hijo que engendró en su seno, su mismo Hijo único. Y nos le dió, no para reinar, sino para morir; no para el triunfo, sino para la cruz. El nos dió, prosigue S. Pablo, á fin de que nosotros, pobres criaturas, pasásemos del oprobio á la gloria, de la muerte á la vida, de la servidumbre á la libertad y del abandono á la adopcion; y para que, de enemigos que éramos, nos hiciésemos verdaderos hijos.

Algunas veces sucede en el mundo que un hombre lleno de compasion y de amor por un niño pobre, abandonado y desgraciado, lo recibe en su casa, lo admite á los derechos de hijo, y de este modo se hace su padre adoptivo. Del mismo modo el Dios Padre se compadeció del estado de abyeccion, de miseria y abandono en que habíamos caido, y nos hizo participantes de los derechos y de los privilegios comunicables de su Hijo. El nos adoptó verdaderamente; y nosotros nos hicimos, no solo de derecho, sino tambien de hecho, sus verdaderos hijos, y él se hizo nuestro verdadero padre.

Mas lo que hace inefable y sorprendente su bon-

dad y su misericordia para con nosotros, es que si sucede alguna vez que un hombre generoso y caritativo adopte á un desgraciado, no suceda jamás que adopte á un enemigo; y que si vé alguna vez á un extraño participar de los derechos de hijo, jamás se ve á este extraño sustituyendo á un hijo legítimo. Mucho menos sucede ver al hijo legítimo humillarse y sacrificarse por el hijo adoptivo. Mas la bondad divina traspasó todos los límites con respecto á nosotros, como dice S. Pablo, pues que nos adoptó cuando éramos para ella objetos de enemistad y de odio; ella nos substituyó á su propio Hijo, y quiso que su muerte sirviese de remedio á nuestros males y fuese el título mismo de nuestra adopción.

O caridad superabundante, esclama S. Bernardo; caridad que excede todos los límites y toda medida! Por salvar al esclavo, no perdonó Dios Padre á su propio Hijo, y este Hijo tampoco se perdonó á sí mismo.

O grande, ó sublime é incomprensible misterio! El espíritu humano se siente abrumado por la grandeza de tanta bondad, por el exceso de un amor tan tierno. Las expresiones faltan, porque las ideas desaparecen; y el pensamiento se detiene abatido y confuso como en un éxtasis de tiernos sentimientos y de profundo estupor.

Mas este prodigio del cielo se renovó tambien en la tierra, y desde el seno de Dios se repitió en el corazón de María.

Escribiendo S. Agustín sobre el pasaje del Evangelio, donde Jesucristo dice: El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, esa es mi madre, afirma que María fué mas bienaventurada por haber practicado esta grande lección de Jesucristo que por haberle concebido segun su carne; y que su consanguinidad y su título de Madre de Jesucristo de nada le hubiera servido, si no le hubiera lle-

vado en su corazón mucho mejor aun que en su carne.

Mas supuesto que la santidad inefable de esta sublime criatura, que la perfeccion de su alma y el prodigio de su virtud consistieron principalmente en la conformidad entera, absoluta y perfecta de su voluntad, de sus deseos y de sus sentimientos, con los sentimientos, los deseos y la voluntad de Dios; es indudable, dice S. Buenaventura, que María dividió con Dios mismo estos prodigios de generosidad y de misericordia para con los hombres; y que al consentir en esta obra sublime de la bondad divina, y al conformarse al acto generoso por el que Dios nos dió su Hijo único, se ofreció ella misma y se dió con este mismo Hijo para ser la víctima y el precio de nuestra salvacion. Ella lo cede, lo dá y lo ofrece para este fin misericordioso, con una generosidad, una prontitud y un amor tal, que nada pueda imaginarse de mas perfecto ni de mas grande, á no ser el amor, la prontitud y la generosidad de Dios, que le sirve de motivo y de ejemplo. Del mismo modo que Dios Padre, tenia María por Hijo á Jesucristo; ella debia pues participar de su caridad para con los hombres; y la conformidad entre el Padre celestial y la Madre terrena debia, en lo posible, ser en todo y por todo entera y perfecta.

Ved aquí porqué, prosigue el santo Doctor, despues del amor del Padre celestial, sigue inmediatamente el amor de María para con el género humano. El mismo Dios le comunicó las llamas de su caridad para con nosotros. Su alma santísima fué penetrada é inundada de ellas segun su capacidad; y su corazón fué abrasado por los ardores de este fuego celestial. La obra de nuestra salvacion se le hizo mas amada por la vida preciosa de su propio Hijo. Imitadora del Padre celestial, no solamente consintió sino que deseó plenamente, y eficazmente quiso que

la santidad y la inocencia misma de su Hijo, cargase con nuestros pecados para hacernos participantes de su justicia; que sufriese las penas y los castigos que habíamos merecido, para que nos comunicase sus derechos y sus privilegios; que fuese tratado como un criminal, á fin de que fuésemos perdonados como inocentes; que muriese con una muerte afrentosa y cruel, para que nos hiciese nacer á la gloria y á la felicidad; que fuese puesto en nuestro lugar, para que nos hiciese entrar en posesion del suyo; que sufriese todo el peso de la cólera divina, para que nos hiciese experimentar todos los efectos de la divina misericordia. Ese divino Hijo le era mas amado que su existencia propia; y sin embargo nosotros le fuimos mas amados que su Hijo santísimo, supuesto que ella lo dió y lo sacrificó voluntariamente por nosotros.

Por consiguiente todo cuanto hemos dicho respecto al don que el Padre eterno nos hizo de su propio Hijo, puede decirse tambien proporcionalmente de Maria. En efecto, el santo Doctor que acabamos de citar, no tiene dificultad alguna en aplicar á Maria las tiernas y sublimes palabras con que Jesucristo, y despues de él su apóstol S. Pablo, nos manifestaron el prodigio del amor de Dios en la donacion que nos hizo de su Hijo único; porque despues de las palabras que hemos citado, añade que puede decirse tambien de Maria: Tal fué la vehemencia de su amor, y la ternura de su cariño para el mundo, que dió á su Hijo único por salvarlo, y que puede decirse igualmente de Maria que debiendo elegir entre la muerte ignominiosa de su Hijo y nuestra salvacion, no vaciló un momento; que no perdonó á su propio Hijo para adquirir hijos estraños; que lo dió espontáneamente para curarnos y salvarnos.

Por qué admirarse? dice S. Bernardo. Si el seno de Maria es parecido al seno de Dios en la generacion, su corazon es parecido tambien en el amor al corazon de

Dios. Ella engendró en el tiempo á su Hijo único con una fecundidad semejante á aquella por la que Dios lo engendró desde la eternidad; y como él lo dió con el mismo sentimiento de desinterés y con el mismo amor. La donacion que Dios nos hizo de él, es el efecto de una caridad que excede la imaginacion, y que no podria ser mayor; y la donacion de Maria es igualmente el efecto de una caridad que la imaginacion no puede alcanzar, y que no cede mas que á la de Dios.

De todo esto se deduce naturalmente la consecuencia siguiente: asi como Dios Padre al darnos el Hijo que engendró de su propia sustancia, se hizo, segun todo el rigor de los términos, nuestro Padre; asi tambien Maria habiéndonos dado ese mismo Hijo que ella engendró de su propia sangre, se hizo tambien en todo el rigor de las palabras, nuestra Madre. Nosotros somos hijos del uno y del otro, por efecto de una justicia rigorosa, fundada en el prodigio de una infinita misericordia; porque los dos nos adquirieron por un acto de la mas sublime generosidad, por el cambio de lo mas amado y mas precioso que tenian, por el cambio de su propio Hijo.

Maria es pues nuestra madre, bajo este aspecto, por el mismo título y por las mismas razones porque Dios es nuestro Padre. Nuestra filiacion, con respecto á Maria, es tan sagrada, tan auténtica y tan legal como nuestra filiacion con respecto á Dios. El precio es el mismo: la donacion y la muerte de su Hijo comun. El fin es el mismo: nuestra salvacion. El principio es el mismo: la compasion, la misericordia y el amor. Nosotros por consiguiente podemos decir, con S. Buenaventura, lo que S. Juan dijo de Dios: Ved con cuanto amor nos amó Maria: ella quiso, no solo que fuésemos llamados sus hijos, sino que lo fuésemos en realidad, y nos alcanzó los derechos y los privilegios, de hijos.

(Véase la nota diez y ocho.)

CAPITULO III.

No debemos considerar ahora la ofrenda magnánima, la donación generosa que María nos hizo de su Hijo único, de una manera general y absoluta, como lo hemos hecho hasta aquí. Para penetrar en el espíritu y conocer, al menos en parte, la excelencia de un misterio que contiene una bondad tan sorprendente y una ternura tan admirable para con nosotros, misterio que establece el título verdadero de nuestra adopción por hijos de la Madre de Dios, es necesario considerar, también de una manera especial y práctica, recordar el tiempo, el lugar, las circunstancias misteriosas que intervinieron, los sentimientos sublimes que lo acompañaron, los sacrificios y las penas que fueron su condición, y las bendiciones que fueron su consecuencia.

Esta ofrenda tan preciosa para nosotros se cumplió y se consumó en el Calvario; pero ya habían pasado treinta y tres años desde el día en que fué hecha. En el momento misterioso de que dependía la salvación del mundo; en el momento en que la Virgen pronunció aquel omnipotente fiat, HÁGASE, por el que debía ser reparado todo lo que había producido otro fiat; ilustra María en aquel momento por la clara inteligencia que tiene de las profecías, y mucho más por la abundancia de las luces celestiales de que está inundado su espíritu, vé, como en un cuadro, la serie de acontecimientos y de misterios que deben sucederse durante la vida del Hijo que concibe. Ella tiene un conocimiento exacto y una certeza infalible de que el Hijo de Dios, de quien se hace Madre, no se dispone á la gloria de un trono terreno, sino á la ignominia de la cruz. En el instante mismo en que concebía un crucificado

en su seno, dice S. Bernardino de Sena, fué crucificada ella misma en su corazón; y para señal de la suerte sangrienta que esperaba al Hijo que engendraba entonces de su sangre purísima por la virtud de Espíritu Santo, por una disposición divina concibió el veinte y cinco de Marzo, día en que este divino Hijo terminó en el Calvario treinta y tres años despues su carrera mortal enmedio de los mayores tormentos.

Pues bien, ni el conocimiento tan claro de este misterio que debe cumplirse en el Hijo, ni la convicción profunda del sacrificio doloroso que habia de sufrir la Madre, son bastantes para hacer vacilar su ánimo. Su prontitud para dar un consentimiento que le abría una carrera tan larga de padecimientos, no se entibia. Por el contrario, su corazón se inflama, dice S. Anselmo, con los trasportes mas vehementes, con los mas ardientes deseos; ella se enardece al ver consumarse por tales medios la obra de la salvacion de los hombres. Doblemente inundada y llena de la caridad divina que abraza su tierno corazón, y de la virtud de Dios que reside en su seno purísimo, se hace dos veces madre, por el doble consentimiento que dá para que su propia sangre sirva para formar un cuerpo á la persona del Verbo, y para que la sangre de su Hijo se emplee en pagar el precio de nuestra salvacion. Ella concibe dos hijos: el uno con su sangre y el otro con su amor; y madre del uno por naturaleza y del otro por adopcion, principia desde aquel momento á llevar y alimentar á los hijos de los hombres en su corazón lleno de amor, lo mismo que principia á llevar y á nutrir en su seno el Verbo mismo de Dios.

Mas estos sentimientos sublimes, estas disposiciones magnánimas que María alimenta interiormente respecto á los hijos de los hombres, desde el momento en que fué Madre de Dios, no tardaron mucho en manifestarse esteriormente, y en verse confirmados por las



obras. En el día de su Purificación renueva ella en el santuario de Jerusalem de una manera pública y solemne, la ofrenda generosa de su propio Hijo por nuestra salvación; ofrenda que ha hecho ya secretamente en el santuario de su corazón. Jesucristo se presenta desde entonces en el templo, como dice S. Pablo, en cualidad de víctima; y María se asocia á estos sentimientos de misericordia, y se presenta, según S. Epifanio, en cualidad de sacrificador. Jesús renueva de una manera mas perfecta la docilidad de Isaac, y María la generosidad de Abraham. El viejo Simeon representaba, dice S. Ambrosio, la humanidad entera en los inveterados desórdenes del pecado. María al depositar su Hijo entre sus brazos, lo dá al género humano entero, lo ofrece por la salvación de todos, así como lo habia dado á luz por la salvación de todos. Ella renuncia, por decirlo así, á tenerlo por hijo, á fin de dárselo por Redentor.

Su resolución pues estaba ya tomada, su voluntad determinada, su espíritu pronto y corazón dispuesto y resignado, cuando Simeon, tomando la actitud de un profeta y con un tono misterioso y solemne que anuncia toda la magestad de una inspiración divina, dice á María: Mujer, desde este momento, este Hijo que acabais de ofrecer no es ya vuestro; él pertenece á los demás. El está establecido para la salvación, la resurrección y la vida de muchos; sin embargo él será para otros muchos en Israel un motivo de escándalo y de ruina. El será como una señal de contradicción á cuyo alrededor se agruparán las pasiones para combatirle. El será objeto de una persecución y de un odio general. Entonces se manifestarán respecto á él los sentimientos mas ocultos, los pensamientos mas secretos de baja traición, de envidia y de furor de parte de sus enemigos; y de valor, de fidelidad y de amor por parte de sus amigos. Mas ay! ó Mujer! Todo lo

que él ha de sufrir en su cuerpo, el amor os lo hará sentir en vuestra alma. La vista de su muerte dolorosa será para vos como una espada de acerbo dolor, que sin quitaros la vida, atravesará vuestro corazón de parte á parte. Entonces serán inmoladas dos víctimas de un solo golpe. Los tormentos del Hijo serán al mismo tiempo el martirio de su Madre. Su muerte será la vuestra, sus padecimientos serán los vuestros.

O predicción desgarradora para el corazón de una madre! O profecía cruel! Qué tempestad de afectos contrarios, qué tumulto de funestos temores debieran levantar en su corazón estas lúgubres palabras! Sin embargo, aun cuando ellas seau pronunciadas por Simeon, reconoce María que Dios las inspira. No son pues para ella los acentos de un hombre, sino la manifestación de los decretos del cielo. Ella domina su ternura maternal aterrada y turbada por esta profecía; ella hace callar todas sus afecciones para conformarse á las disposiciones de lo alto. Ella entra en las disposiciones y en los sentimientos que el apóstol S. Pablo atribuye á Jesucristo en estas mismas circunstancias; en el secreto de su corazón responde á Dios que le habla por boca de su profeta: Supuesto que vos lo quereis, ó Dios santo, ó Dios justo! cúmplase vuestra voluntad. La primera ley que yo me he impuesto, mi primer deber es el de aceptar todas vuestras disposiciones y todos vuestros designios, y someterme absolutamente á vuestra voluntad. Es muy doloroso para mi que habiéndome dado tal Hijo me lo pidais tan pronto. Mas supuesto que lo exigis para reemplazar las víctimas carnales que jamás han podido seros agradables, y que el cuerpo con que le vestisteis debe ser sacrificado por la salvación de los hombres, yo vengo á ofreceroslo voluntariamente. Esta obra de vuestra inmensa misericordia endulza la amargura de mi ofrenda. La salvación del mundo merece que yo os sacri-

fique mi corazón, supuesto que mi Hijo os ofrece su sangre y su vida. Yo consiento en privarme del fruto de mis entrañas para dar á los hombres el Redentor que vuestra misericordia les ha prometido. Disponed del hijo sin mirar los dolores de la madre. Cúmplanse vuestros misericordiosos designios, hágase vuestra voluntad. Mi corazón estará siempre dispuesto á escucharlos, y mi voluntad dispuesta á conformarse con ellos. María se pone absolutamente de acuerdo con el Padre Eterno y con su Verbo incarnado; y de cierto estipulan el gran contrato de nuestra salvación. En esta grande ceremonia, anunciada y celebrada mucho tiempo antes por Malaquías, como el sacrificio mas agradable á Dios, el mas sublime y el mas perfecto de los sacrificios de Judá y de Jerusalem, María ofrece, Jesucristo se somete, y el Padre Eterno acepta. María promete su voluntad y su corazón, Jesucristo promete su vida y su sangre, y el Padre Eterno su misericordia y su perdón. Así fué como se estipuló en el templo y se concluyó el gran tratado de reconciliación entre el cielo y la tierra, tratado que debía consumarse un día en el Calvario. Tratado, contrato y alianza misteriosa, que tienen por garantías la bondad del Padre, la obediencia del Hijo, y la generosidad de la Madre, cuyas condiciones son el sacrificio de Jesús y el de María, y cuyos frutos serán la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

Cuán grande y cuán sublime es todo en esta ofrenda! Para que un padre consintiese en entregar su hijo á la muerte para dar la vida á sus enemigos, se necesitaba nada menos que una misericordia como la del Padre celestial que es Dios. Para que un sacrificio fuese digno de Dios, se necesitaba una víctima tan sublime como Jesucristo que es Hijo de Dios. Y para que una madre ofreciese por sí misma su propio hijo por la salvación de otros, se necesitaba una generosidad y un

heroísmo como el de María que es Madre de Dios. Puen bien, así como desde el primer instante comenzó Jesucristo á ser el Redentor del mundo, y el Padre eterno nuestro verdadero Padre, así tambien María comenzó desde entonces á ser nuestra verdadera madre adoptiva; porque desde entonces consintió en la condicion dolorosa que debía llevar á efecto nuestra adopción, entonces puso las bases y aceptó los términos, las cargas y las consecuencias de ella. (Véase la nota diez y nueve.)

#### CAPITULO IV.

**M**ARÍA recibió su Hijo de los brazos de Simeon poco tiempo despues de haberlo puesto en ellos; mas, cuán diferentemente lo recibió que lo habia entregado! Se lee en los Libros santos que queriendo Faraon, rey de Egipto exterminar enteramente la nacion de los Hebreos que se habia hecho odiosa para él, habia mandado, bajo graves penas, esponer y arrojar al Nilo á todos los hijos varones que naciesen en ese pueblo. La madre de Moisés, despues de haberle tenido oculto en su casa tres meses despues de su nacimiento, se vió obligada á esponerle á la muerte en cumplimiento de este bárbaro decreto. Pero tuvo la precaucion de meterle en una cestilla de juncos, embetunada de tal modo que fuese impenetrable á las aguas, y poner de centinela á su hija María, para observar desde lejos el paradero de la cestilla y del objeto amado que iba encerrado en ella. Succedió pues que la misma hija del rey, divisó por casualidad esta cestilla en la orilla opuesta del rio. Ella la hace coger, y encontrando en ella un niño muy hermoso, como dice la Escritura, se compadece de él. Ella lo toma en sus brazos, lo estrecha contra su seno,

le llena de caricias, y se resuelve á librarle de la suerte cruel que le espera. La hermana del niño se acerca entonces y le dice: Queréis, princesa, que os traiga aquí una muger hebrea, para que crie este niño que os inspira un interés tan vivo y una ternura tan grande? Habiendo oido la respuesta afirmativa de la princesa, corre á advertir á su madre lo que pasaba, la conduce, y la presenta en calidad de nodriza á la hija generosa de Faraon. No sospechando esta que pudiese ser su verdadera madre, le dice: Muger toma este niño, yo te lo confío como cosa mia; tu le alimentarás y le criarás para mí, y yo te recompensaré con generosidad. No puede confiarse á esta un encargo mas dulce ni mas agradable que el de alimentar y criar á su propio hijo. Entre todas las madres israelitas de aquella época, ella fué sin duda la mas afortunada, pues que fué la única que vió el fruto de sus entrañas salvo de un naufragio inevitable y vuelto á su ternura maternal. Pero su dicha no fué completa, su gozo no careció de dolor. Ella era la verdadera madre de Moisés, y sin embargo en la opinión pública debía pasar por su nodriza. Ella le habia parido, y debía manifestarse estraña á él. El era su verdadero hijo, y sin embargo ella debía alimentarle, criarle y verle crecer para otra. En efecto, cuando el niño hubo crecido, tuvo ella que separarse de él enteramente, y volverlo á la princesa que se lo habia confiado y que lo habia adoptado por hijo.

Este pasage, en su verdad histórica, encierra evidentemente un misterio, y segun la regla dada por S. Agustín, es una profecía verdadera, como los demas hechos históricos de la Escritura. Pero, quién es este niño de una belleza rara y agradable á Dios, sino Jesucristo, de quien está escrito que es el mas hermoso de los hijos de los hombres, que la gracia sale en abundancia de sus lábios... y que siendo niño, crecía en fruto delante de Dios? Y esta nodriza que, á pesar

de ser la verdadera madre del niño, solo se digna con el título de muger, quién es sino María que, siendo madre por naturaleza, siendo verdadera madre del Hombre-Dios, recibe constantemente de su Hijo el nombre de muger? Quién es esta princesa real cuya bondad acoge al niño, se lo apropia, le estrecha contra su seno y lo colma de caricios y de bendiciones, sino la Iglesia de los Gentiles, que en la Escritura es llamada la *Hija del Rey*; y que por medio del viejo Simeon que la representa, recibe al niño Jesus en sus brazos, se lo apropia como un tesoro, lo acaricia y bendice por ello al Señor; y le proclama su Salvador, la esperanza de todos los pueblos y la luz de los Gentiles?

La ley de Dios prescribia que todos los primogénitos de Israel le fuesen ofrecidos en su templo, y el Hombre-Dios debía serlo especialmente supuesto que estaba destinado al sacrificio. Para obedecer á esta ley le presenta María á los cuarenta dias de su nacimiento, y le esponé al torrente de cólera divina, á la que debe satisfacer. La Iglesia representada en Simeon, le acoge y se le apropia; y aunque, como la princesa egipcia, se lo vuelve á su madre, no se lo vuelve como á una madre, sino como á una nodriza; no para que lo crie para sí, sino á fin de que lo crie para nosotros, y para que lo considere, no ya como á su hijo, sino como al Redentor de todos. Como si le hubiera dicho: María, tomad este niño; mas yo os lo devuelvo muy diferente de como estaba cuando me lo disteis; vos lo habeis traído al templo como á vuestro propio hijo, y lo volveis como una victima destinada y consagrada á la salvacion del mundo. Vos lo habeis traído como una cosa que os pertenecia, y os lo llevais como una propiedad del genero humano á quien pertenece desde ahora; vos lo habeis traído como un fruto dulcísimo de vuestras entrañas, y lo recibís co-

mo un haz de mirra muy amargo. Vos lo habeis criado hasta este dia para vuestro consuelo, y desde hoy lo criareis para vuestra afliccion. Vos lo recibis de mis brazos para ponerlo en manos de los Judios. Vos lo sacais del templo para acompañarlo al Calvario. Vos lo tomais del altar á fin de conservarlo para la cruz. Vos tendreis el consuelo de alimentarlo para tener el dolor de verle morir. De todos los cuidados que tomareis en su educacion, no recogeréis otro fruto que una herida cruel que os atravesará el corazon de parte á parte. Todos los pueblos cogerrán el fruto de sus pensamientos; y su muerte les dará la vida.

O María! María tan llena de ternura y de amor! En vista de unas condiciones tan duras, consentiréis en volver á tomar vuestro Hijo de los brazos de Simeon? Consentiréis en criarlo para otros, habiéndolo parido para vos? Consentiréis en ser su nodriza, no siendo ya su verdadera Madre? Consentiréis en volverlo á tomar con la condicion de que seréis privada despiadadamente de él? Consentiréis en hacer de vuestro Hijo la victima y el rescate de vuestros hijos adoptivos? Jesucristo es verdadero Hijo de Dios; pero tambien es vuestro verdadero Hijo. En virtud del derecho especial de propiedad que las leyes conceden á la madre sobre sus hijos, vuestro Hijo no puede en justicia ser destinado á la muerte sin vuestro consentimiento. El Padre Eterno ha dado ya el suyo, y decretado el sacrificio. Pero vos, María, dareis tambien el vuestro, y sucumbireis por vuestra parte á ese decreto? Triste y dolorosa alternativa. Si vos consentis, qué será de vuestro Hijo? Y si vos rehusais, desgraciados de nosotros, qué nos vá á suceder? Pero no, María no rehusa. Ella hubiera querido, dice S. Buenaventura, ofrecerse por él y sufrir todos los tormentos y todas las penas que debian un dia reducir

á Jesucristo á un estado tan lamentable. Ella hubiera querido colocarse en su lugar. Mas, supuesto que una victima puramente humana no puede aplacar á la justicia divina; porque el hombre despues de su caída, no podia ser redimido sino por un Dios, María inclina su frente. Todo lo que se complace Dios en decretar, se complace ella igualmente en aceptarlo. Ella aprueba por consiguiente el sacrificio de su Hijo por la salvacion del mundo. Ella acepta una ley tan dura; y lo mismo que la madre de Moisés, se pone á alimentar á su hijo como si no le quedase ya derecho alguno sobre él, como sino fuese ya su madre, sino una muger cualquiera.

Pero, qué imaginacion podrá figurarse, qué lengua podrá referir el martirio, los dolores y los tormentos que le impone este cargo que la generosidad de su amor para con nosotros le hace aceptar!

Jesucristo no morirá mas que una sola vez en el Gólgota. María, desde este momento, dice S. Bernardo, muere á cada instante en su corazon. Su vida es un tejido de dolorosas angustias y de temores mas crueles aun que la misma muerte. Las palabras proféticas de Simeon resuenan continuamente en sus oidos, y la espada de dolor que se le ha anunciado está clavada constantemente en su corazon.

Un antiguo decia que no hay miseria mas profunda ni angustia mas dolorosa, que la prevision cierta de las desgracias futuras. El alma experimenta entonces, á cada instante, el dolor de lo que sucederá en un momento. Cuando hay esperanza de que el acontecimiento funesto que se prevee podrá no suceder, queda siempre un consuelo al que jamás renuncia un corazon afligido. María no puede entregarse á esta consoladora ilusion. Ella sabe que no son las vicisitudes humanas las que conducirán su Hijo al Calvario, sino los decretos inmutables de Dios. Ella sabe muy bien, ella

cree con una fé perfecta que todo lo que han anunciado los profetas, respecto á los tormentos y á los oprobios del Mesias, se cumplirá hasta la última sílaba; y la viveza de su fé le hace considerar como presente lo que debe suceder en un tiempo lejano.

Esto que ella cree, lo vé y lo siente; á cada instante experimenta el mismo dolor que le hará sentir el cumplimiento de la profecía. A cada instante tiene nuevos motivos de penas y nuevas causas de dolor.

Su cuerpo está en Belén, en Nazaret, en Egipto; mas su espíritu asiste continuamente á la escena sangrienta del Calvario. Durante los treinta y tres años que precedieron al sacrificio de Jesucristo, está Maria como Abraham en los tres dias que precedieron al sacrificio de Isaac. Ella no vé ya en su Hijo el Hijo de la promesa, sino el de los dolores. Ya le alimenta con su leche, ya le estreche contra su corazón, ya le ve crecer enaviduria, en gracia y en edad, el pensamiento de esta tierna madre se fija involuntariamente en la cruel carnicería que harán algún dia de él. Ella piensa, ella vé que aquellos mienbros santos y delicados, aquel hermoso semblante al que ella no acerea sus lábios purísimos sino con respeto, serán desgarrados por los azotes, destrozados con los golpes, manchados con las salivas, atravesados con los clavos y espinas, emponzoñados con la hiel, y suspendidos en el patíbulo mas cruel y mas ignominioso.

Desde entonces todas las tiernas miradas de su divino Hijo, todas las palabras que le dirige, todas las pruebas de respeto, de obediencia y de amor que recibe de él, son para esta tierna Madre otras tantas saetas que traspasan su corazón. A cualquiera parte que vuelva los ojos, todo le recuerda altamente las imágenes funestas, los terribles pormenores de la catástrofe de que será víctima Jesucristo. Todo le habla de su tormento y de su muerte. El nombre solo de su pa-

tria y de su nacion, que habia de tratar como criminal al que habia venido á salvarla, era para ella un suplicio. Por todas partes no encuentra mas que motivos de pensar y de tristeza; y estando su alma siempre ocupada de funestos pensamientos, su corazón está inundado de dolor y sus ojos de lágrimas.

O corazón affligido, ó corazón doloroso de Maria! decia á este propósito el Beato Huberto de Casal, ahora comprendo por qué los profetas han comparado vuestra aflicción á un mar inmenso de amargura. Porque si las aguas dulces de los rios mudan de naturaleza, y se hacen saladas y amargas cuando entran en el mar; del mismo modo todos los pensamientos, todos los objetos propios para alegraros y consolaros, se encuentran absorbidos al entrar en vuestra alma turbada por la tristeza y se convierten en motivos de un dolor amargo al pasar por vuestro corazón sumergido siempre en la aflicción. La presenciencia cierta de la pasión de su Hijo es pues para Maria, dice el Abate Ruperto, un martirio no interrumpido. Desde el momento en que lo ofrece en el templo, y que él se hace por lo mismo como una prenda destinada á servir de rescate por la salvacion de los hombres, puede decir Maria con mas razon que el profeta, que se halla en el camino de un verdadero sacrificio. Su corazón ha llegado á ser como una víctima inmolada á cada instante, para renacer espontáneamente á un sacrificio perpetuo. Su holocausto es un holocausto permanente y perpetuo. Por espacio de treinta y tres años se consume á cada instante, y se renueva incesantemente mas cruel y mas doloroso.

Esto es precisamente lo que nos manifiesta la fuerza y la vehemencia con que deseaba Maria nuestra salvacion. Sus penas se renuevan á cada instante; á cada instante renueva tambien Maria la firme resolucion y el deseo ardiente de sufrirlas. Su martirio se renueva

continuamente; y continuamente renueva tambien Maria la ofrenda de su Hijo que es la causa de él, para la redencion de los hombres que debe ser su fruto.

El martirio de Maria tiene de particular respecto á otro martirio cualquiera, que el tiempo que cicatriza las heridas y mitiga el dolor, produce en Maria un efecto contrario. El tiempo multiplica las heridas de su corazon y las hace mas profundas, y su dolor mas violento y mas agudo. Esto consiste en que cada dia que pasa la acerca mas al Calvario y á todo cuanto debe sufrir allí; y cada paso que su Hijo dá en la carrera de la vida, es un paso que lo acerca al Gólgota. Este monte sangriento que debe ver espirar al Hijo, se presenta á cada instante mas cercano al espíritu de la Madre; á cada instante conoce ella con mas distincion y vé mas claramente los misterios que el amor de Jesucristo consumará allí, y los actos de rabia infernal y de furor ciego y bárbaro que la perfidia y el odio de los Judios han de ejecutar. Sin embargo, estos pensamientos cada vez mas dolorosos, estos presentimientos cada vez mas funestos, lejos de debilitar en manera alguna el deseo que tiene Maria de ver á su Hijo sacrificado por nosotros, hacen este deseo cada vez mas vivo, cada vez mas impaciente, á medida que su dolor se hace mas violento y mas agudo. Cuanto mas espantosa y mas terrible se le presenta la escena del Calvario, tanto mas apresura ella con sus fervientes súplicas el momento en que debe realizarse. Su caridad es superior á sus penas; cuanto mas sufre, tanto mas ama.

Por consiguiente, la ofrenda de Maria no es de un solo instante, sino de todos los instantes. A cada momento experimenta ella el dolor de todo lo que el Hijo ha de sufrir un dia; y de todo lo que el corazon de la Madre padecerá por él y con él; y á cada momento lo aprueba y lo desea. A cada momento siente el

terror que le inspira la muerte de Jesucristo; y á cada momento consiente en ella, la quiere y la pide. Si su corazon permanece siempre quebrantado por el sentimiento del vivo dolor con que le hirió por primera vez la profecía de Simeon, su espíritu permanece constantemente con las disposiciones generosas que la animaron cuando su primera ofrenda. Siempre sufriendo, pero siempre resignada; siempre saciada de amarguras, pero siempre dispuesta á todo; ella no está un momento sin dolores, pero tampoco está un momento sin amor. No fué por consiguiente una vez sola la que ella nos dió su Hijo; no fué una sola vez la que experimentó los tormentos de la muerte, sino tantas veces como fueron los instantes que separaron los desgaradores y misteriosos acontecimientos del Calvario, de las tiernas ceremonias del templo. Su ofrenda se multiplicó como su martirio. O mas bien este no es mas que una sola ofrenda, que jamás fué olvidada, retractada ni interrumpida por espacio de treinta y tres años. Es un solo martirio, que en treinta y tres años jamás tuvo descanso ni consuelo. O amor! O dolor! Dolor el mas intenso; amor el mas vehemente. Que ofrenda! que martirio! Martirio el mas cruel; ofrenda la mas generosa. El martirio de Maria es el mas grande despues del de el Hijo de Dios, así como su amor en la ofrenda que hizo por nosotros es el mas grande despues del de el Padre celestial. Su amor á nosotros no tiene modelo sino en el cielo, ni tiene su principio sino en el cielo. Y el mismo amor que animaba al Padre celestial, obligó igualmente á la Madre terrena á dar y á sacrificar por nuestra salvacion, su comun Hijo que es Dios como su Padre. Por este don inefable, por esta permuta de inmensa bondad, el uno se hizo el verdadero Padre, y la otra la verdadera Madre de los hijos de los hombres. (Véase la nota veinte.

CAPITULO V.

**E**l amor de María al género humano y la generosidad de su ofrenda fueron, como el amor y la generosidad de Jesucristo, grandes, sublimes y heroicos durante la vida de su santísimo Hijo; mas en el momento de la muerte llegaron á su colmo, y se elevaron al último grado de fuerza y de intensidad. Así es que puede decirse proporcionalmente de María Que habiendo amado á sus hijos adoptivos que estaban en el mundo, los amó en el fin sin limites ni medida. Si el Calvario es el lugar de su mas cruel martirio, es tambien el teatro donde dió las pruebas mas tiernas del amor mas vehemente, y donde acabó lo que habia principiado en el templo. Allí fué donde esta mujer sublime, esta madre llena de fortaleza y de amor consumó el sacrificio de su corazon, donde pagó generosamente el precio de su maternidad, y donde recibió de Dios el acta auténtica, el dominio pleno y la solemne investidura de ella.

Mas antes de entrar en la profundidad del misterio que María cumplió en el Calvario, es necesario conocer el fin por qué quiso el Señor, que se encontrase allí, y el personaje que allí representaba.

El apóstol S. Pablo nos enseña que el primer Adán es el tipo, el modelo, la figura y la profecía del segundo Adán que es Jesucristo. En efecto, si el origen de uno y otro Adán es diferente, supuesto que el primero nacido de la tierra es terreno, y el segundo descendido del cielo es celestial, el segundo Adán retrató en su persona con un espíritu totalmente diferente, los diversos estados del primero. El se colocó en su lugar, corrigió con sus pecados para espiarlos, con sus deudas para

satisfacerlas, con sus maldiciones para destruirlas y con sus castigos para anularlos. El fué el origen de toda justicia, como el otro lo habia sido de toda iniquidad. Con su sacrificio restableció todo cuanto habia destruido la desobediencia del primero. Jesucristo es pues el verdadero Adán, el Adán perfecto, el Adán por excelencia, el verdadero Padre que engendra á los hombres á la gracia y á la vida, como el primero los engendró á la desgracia y á la muerte. Mas si Jesucristo es pues el verdadero Adán, María es la verdadera Eva; porque, como dice S. Juan Crisóstomo, María reparó todo lo que Eva habia destruido, así como Jesucristo rescató y restableció todo lo que Adán habia enagenado y perdido. Así pues Adán y Eva, que nos perdieron, se nos presentan como dos imágenes vivientes, como las profecías de los dos grandes personajes que debian salvarnos; y por un secreto maravilloso de la sabiduría y de la bondad de Dios, nuestra restauracion está figurada por los autores de nuestra ruina. Cuán grande es, cuán sublime y maravillosa la economía de nuestra Religión! Cómo todo se une y combina en ella! El paraíso terrenal anuncia y figura el Calvario; el Calvario ejecuta lo que el paraíso terrenal no habia hecho mas que figurar; y el primero sirve al segundo de luz en la esplicacion de los grandes misterios que despues de cuatro mil años se cumplen en él. En el primero, misterios de iniquidad, de orgullo, de severidad y de muerte; y en el segundo, misterios de santidad, de humillacion, de misericordia y de vida. Una cruz se eleva en medio de la Sinagoga, porque un árbol se eleva en el paraíso terrenal; nuestra salvacion nace de un árbol, porque nuestra perdicion comenzó en un árbol. El demonio que habia triunfado por el madero es vencido por el madero. La materia misma que habia servido al mal se convierte en antidoto; y como observa S. Máximo con muchos Padres de la

Iglesia, lo que habia producido el mal se convierte en remedio. Un Adán nos vuelve la vida, porque un Adán nos habia dado la muerte. Si el Hijo de Dios es clavado en la cruz y muere con la apariencia exterior de un pecador, descendiendo así hasta el último grado de envilecimiento, pues que no hay cosa mas baja ni mas vil que el pecado, es porque el hombre habia llevado su orgullosa mano hácia otra cruz con la pretension sacrilega de hacerse semejante á Dios, aspirando así al mas alto grado de elevacion, pues que nada hay mas grande que Dios, y que solo Dios es realmente grande. Adán pecó, dice S. Agustin, estendiendo sus manos sobre el fruto prohibido; del mismo modo Jesucristo para espisar el pecado estendió sus manos sobre el madero de la cruz.

Y si el ódio del demonio asoció á Eva á la prevaricacion del primer Adán, la misericordia divina quiere asociar á María á la espiacion de Jesucristo, á fin de que los dos sexos, como dice S. Bernardo concurren á la reparacion del mundo, como habian concurrido á su ruina.

Eva al pie del árbol que dá la muerte, exige por consiguiente y pide imperiosamente que María se encuentre al pie del árbol que dá la vida. Porque si su Hijo debió colocarse en el lugar de Adán pecador, María ha debido colocarse en el de Eva pecadora. Ella debe ver con sus propios ojos el suplicio de Jesucristo y tomar parte en todos sus sufrimientos espiatorios, supuesto que Eva vió con sus propios ojos la caída de Adán, y tomó parte en su rebelion. Y porque Adán pecó en presencia de Eva, Jesucristo parece que no puede ser crucificado ni morir sino en presencia de María. Jesucristo, de acuerdo con María que concurre con una voluntad firme y generosa á la espiacion del pecado, debe hacerse cabeza de un pueblo de Santos, porque Adán se habia hecho cabeza de un pueblo

de criminales; en compañía de Eva, que con una voluntad plena y perfecta concurrió á la consumacion del crimen.

Aun cuando el Evangelio hubiera guardado silencio sobre este punto, al saber que Eva se encontraba al pie del árbol con Adán, y habia participado de su desobediencia, de su sensualidad y de su orgullo, nos hubiera sido permitido deducir con seguridad que María debió encontrarse tambien al pie de la cruz de Jesucristo, y participar de sus humillaciones, de sus tormentos y de sus oprobios.

Una Israelita afortunada que despues fué madre de Sansón, vivia en el dolor y en la afliccion porque á causa de su esterilidad no podia tener hijos. Ella vé un dia al Angel del Señor que se le aparece de improviso. Contra toda su esperanza, le anuncia este que muy pronto concebirá y parará un hijo que debe ser la gloria y la salvacion de Israel. Poco tiempo despues el Angel del Señor se le aparece de nuevo, y Manue su esposo, por consejo del mismo mensajero celestial quiere ofrecer en su presencia un sacrificio á Dios que obra esta maravilla. El toma un cabrito de su rebaño, lo inmola y lo coloca en la hoguera, para que sea consumido en holocausto. El esposo y la esposa asisten á este sacrificio con un religioso silencio, con los ojos fijos en la victima, cuando de repente ven al Angel que se les habia aparecido en forma humana, elevarse en los aires y colocarse en medio de las llamas, como para ser tambien sacrificado y consumido como una nueva Hostia. En vista de esto creen que el que habian tenido por hombre era el Angel de Dios, ó tal vez el mismo Dios.

Por esta reunion de circunstancias se vé claramente que este pasaje y este sacrificio encierran cierta cosa misteriosa, figurativa y profética. En efecto, cómo es posible no ver en las palabras de que se vale el ángel



para anunciar el nacimiento de Sansón a una esposa estéril por naturaleza, la profecía de las palabras con que se anuncia el nacimiento de Jesucristo a otra esposa estéril por amor a la Virginitad?

Las palabras son en los dos pasajes cuasi las mismas. Un Angel dice a la madre futura de Sansón: A pesar de la esterilidad que te hace incapaz de tener hijos, HE AQUÍ QUE CONCEBRÁS Y PARIRÁS UN HIJO que será Nazareno de Dios, y librará a su pueblo de las manos de los Filisteos. Un Angel dice también a la Madre futura de Jesucristo: No temas, María, aunque no conoces ni debes conocer varon, HE AQUÍ QUE CONCEBRÁS Y PARIRÁS UN HIJO, por obra del Espíritu Santo. El será santo y se llamará el Hijo de Dios. Tu le llamarás Jesus porque salvará a su pueblo de sus pecados.

Observemos en primer lugar, que el sacrificio de Manue se ofrece en campo raso y en el mismo lugar en que el Angel se apareció por segunda vez a su esposa. El sacrificio de Jesucristo se ofrece igualmente fuera de la ciudad. Manue toma con sus manos el cabrito que debe servirle de víctima; y el Padre Eterno viste a su Verbo de un cuerpo humano para hacer de él una víctima digna de sí. Manue colocó la víctima sobre una piedra; y el Padre Eterno quiso que Jesucristo fuese crucificado sobre la roca del Calvario. Y el Angel que bajo una forma humana se coloca en medio de las llamas, qué otra cosa significa, dice S. Agustín, sino el Angel del gran consejo, es decir, el Verbo eterno que bajo una forma de esclavo, ó bajo la humanidad de que habia de vestirse, no debia recibir sacrificios, sino ser él mismo el sacrificio? Finalmente, volviendo al sacrificio de Jesucristo, es indudable que Manue y su esposa, asistiendo al pie y con la vista fija en la inmolacion de la víctima.

son la figura del Padre Eterno y de María que al uno de una manera invisible, y la otra de una manera visible, como se verá despues, asisten al sacrificio de su Hijo comun, mientras que se ofrece en el Calvario.

Mas, por qué quiere el Padre Eterno que la Madre esté presente al sacrificio y a la muerte cruel de su Hijo? Es necesario que sus miradas amorosas sean atormentadas por un espectáculo tan desconsolador, y que sus ojos vean correr por mil heridas una sangre tan amada? Es necesario que sus entrañas sean desgarradas por esta escena de horror, y que su corazon sea cruelmente despedazado? Ah! procuraremos comprender bien un misterio tan profundo.

Es muy claro que los designios de Dios fueron que María cooperase a la salvacion del hombre por su obediencia y su caridad, como Eva cooperó a su caída por su egoismo y su orgullo. Pero Dios quiso que por parte de Maria esta cooperacion fuese libre y voluntaria, así como el primer designio fué libre y voluntario por parte de Dios; el sacrificio del Hombre-Dios lo exigia así para ser en todo digno de Dios. Así como esperó el consentimiento de Maria para hacer que concibiese su propio Hijo, así tambien quiso que este consentimiento interviniése para inmolarlo, y que el amor de la madre se uniese al amor del Padre celestial, para que de comun acuerdo nos diesen su Hijo comun, y lo sacrificasen por nuestra salvacion. Maria habia hecho ya la ofrenda de su Hijo desde el momento en que fué madre, y la habia renovado en todos los instantes de su preciosa vida; así como este mismo Hijo habia aceptado la muerte desde el momento de su encarnacion, y desde su nacimiento, como dice S. Bernardo, habia comenzado la pasion de la cruz. Mas los dos lo habian hecho en el secreto de su corazon y en el silencio de su amor a los hombres. Se necesitaba pues que la

aceptacion del uno y la ofrenda del otro se hiciesen públicas y solemnes. Consintiendo Jesucristo en ser crucificado públicamente, debía Maria dar tambien su consentimiento público para la consumacion de su sacrificio. Nada puede hacer conocer mejor la voluntad libre y absoluta con que la Madre concurre al sacrificio del Hijo, que la resignacion heroica, la constancia extraordinaria y la calma perfecta con que asiste á él. Lo que la justicia de Dios exige en estos momentos misteriosos, y lo que la obediencia del Hombre-Dios acepta, la docilidad y el amor de la Madre de Dios le hace tambien aceptar y querer.

(Vease la nota veintiuno.)

## CAPITULO VI.

Si se hubiera tratado de una madre como las demas, la caridad que condujo á las santas mugeres al Calvario; debiera haber alejado de él á Maria. Lo que para los discipulos fué un acto de generosidad, podia parecer un rasgo de dureza en Maria. No es conforme á las reglas ordinarias de la sociedad que una madre sea espectadora del suplicio de un hijo á quien no pudo dar ningun socorro; y esto por temor de que la vista de una madre sumergida en una afliccion profunda, aumente los tormentos del hijo ó la vista de los dolores acerbos del hijo atormenten las miradas y el corazon de la Madre.

Por esta razon Agar, sierva de Abraham, habiéndole faltado el agua al atravesar el desierto de Bersabé, y viendo á su hijo Ismael reducido á laagonia por el ardor de la sed, se dice entonces á sí misma: Si yo no puedo darle ningun socorro, para qué lo

he de tener en mis brazos? Si el debe morir inevitablemente, qué necesidad hay de que mis ojos maternales se atormenten con el espectáculo doloroso de su suerte cruel? Ah! yo no tengo corazon para ver morir á mi hijo. Y diciendo esto, coloca al hijo al pie de un arbol, lo deja allí moribundo, y se retira á la distancia de un tiro de saeta. Sentándose allí sobre una piedra y abandonándose al mas amargo dolor, hace resonar los aires en contorno con sus profundos gemidos y sus gritos de dolor.

Tal fué la conducta de la madre de un puro hombre; pero la madre de un hombre que al mismo tiempo era Dios, no debía obrar así. Como Madre de Dios, tiene Maria obligaciones de que están dispensadas las demas mugeres; y lo que en otra madre no hubiera parecido conveniente, era un deber para Maria. Ella ha recibido su Hijo de una manera particular; y por consiguiente debe perderle tambien de un modo especial. Jesucristo no muere por necesidad como los demas hombres; y por consiguiente Maria debía conducirse en esta muerte de diferente manera que las demas madres. En el Calvario todo debe ser grande, extraordinario, misterioso, sublime y digno de la victima que se sacrifica. Por esta razon debía Maria hallarse presente á la muerte de Jesucristo, á fin de que pudiese reconocerse la divinidad del Hijo en la conducta heroica, extraordinaria y maravillosa de Maria asistiendo á su muerte. Apenas el único discípulo que, en todo el discurso de la passion de su divino Maestro, no la ha perdido de vista, apenas S. Juan hace saber á Maria que el juez inicuo, que habia declarado solemnemente la inocencia de Jesus, acaba de condenarle á muerte y que ya su amado Hijo, cargado con el peso de la cruz camina hácia el Calvario, cuando ella esclama: Ya llegó el tiempo, ya llegó el dia, ya llegó la hora de los divinos

misterios! Padre eterno, que muera mi Hijo único, supuesto que vuestra gloria lo exige, que vuestra justicia lo quiere, y la salvacion de los hombres lo pide; pero que muera á mi vista, que yo le vea terminar esa vida que yo misma le di.

Cuando Jesucristo llenaba la Palestina de los beneficios de su amor y de la fama de sus milagros, cuando los pueblos corrían en pos de él proclamándole el enviado del cielo para consuelo de la tierra; cuando Jesús entró triunfante en Jerusalem en medio de las aclamaciones y de los gritos de alegría de una turba entusiasmada, no se hallaba María á su lado; ella se alejaba, y se ocultaba á sus miradas, temiendo que algun rayo de la gloria del Hijo viniese á reflejar sobre su madre. Pero cuando este mismo Hijo vá á terminar su vida en un patíbulo con la muerte mas ignominiosa y mas cruel; cuando es necesario participar de sus penas y de sus tormentos, se deja ver María. Ella renuncia voluntariamente á la gloria y á la inocente satisfaccion de ser tenida por la Madre afortunada de un profeta; mas no puede renunciar á la ignominia y al dolor de ser tenida por la madre de un miserable condenado á muerte; y la prontitud con que corre á presenciar y á participar del suplicio de su Hijo, es igual á las precauciones que toma para permanecer desconocida cuando se trata de su triunfo.

Ved aquí pues que abandona su soledad como la Esposa de los cantares, verdadera figura de María, y recorre las calles y las plazas de Jerusalem, impaciente por encontrar el amor de su corazón, que camina al suplicio. La ciudad está casi abandonada y desierta. Todo el pueblo corre en masa y se precipita hácia el lugar de los ajusticiados, llenando los aires de los gritos de gozo feroz. María oye desde lejos este sombrío rumor y este ruido siniestro; este ruido la guía, pero lo que la guía todavía mejor y le señala el camino

que debe seguir es el rastro terrible que deja su Hijo en su penoso camino, marcando la tierra que pisa con sus caídas y con su sangre.

Poco se necesita para que oiga el eco terrible de la trompeta que le precede y publica el pretendido delito y la atroz sentencia; y muy poco despues sale él mismo á su encuentro. Pero ay! la profecía de Isaías se ha cumplido: ni aun siquiera le queda ya figura humana. Su frente rodeada de una corona ignominiosa y cruel de agudas espinas, que atraviesando las sienes, dejaban ver sus puntas ensangrentadas; sus ojos bañados en lágrimas que ha derramado por el deicidio de Jerusalem, están tambien inundados de sangre; su rostro está livido y desfigurado; su pecho está acribillado de heridas y todo su cuerpo sañado por los azotes. Lánguido, desfallecido y jadeando bajo el peso de su cruz, camina lentamente entre los insultos del pueblo. Empujado cruelmente por sus verdugos, vá subiendo con trabajo la pendiente rápida del Calvario. O encuentrol ó vista! ó espectáculo desgarrador para el corazón de una madre!

La Escritura dice que Jacob, al ver la túnica ensangrentada de su hijo José, lanzó gritos de dolor, desgarró sus vestiduras, derramó un torrente de lágrimas, cayó en una tristeza profunda y no quiso recibir consuelo alguno. Qué hará pues María al ver, no los vestidos, sino el cuerpo mismo de su Hijo, sañado de heridas y cubierto de sangre?

Un escritor, que ha hecho una descripción minuciosa de todos los lugares que fueron el teatro de la pasión dolorosa del Hombre-Dios, asegura que se ven todavía en el Calvario las ruinas de una Iglesia llamada en otro tiempo *Sa. María del Pasmó*, y una senda que se llama todavía hoy *el camino de la amargura*, porque segun se dice, allí fué donde encontrando María á su Hijo en un estado tan lastimoso y en una si-

tuacion tan cruel, cayó desvanecida, no pudiendo resistir la violencia de su dolor. Mas sin admitir la tal caída, que muchos graves escritores desechan como indigna de la Madre de Dios, de María que toda debía ser constancia, fortaleza y grandeza de alma, es indudable que á esta vista su sangre se heló en sus venas, que todas sus entrañas se conmovieron de pena, que su corazon se partió de dolor, y que por consiguiente quedó algun tiempo inmóvil y privada de sus sentidos, pero no de su razon.

Jamás se dominó tanto á sí misma, jamás pareció tan magnánima, ni tan sublime como en este instante en que fué la mas abrumada de dolor. Los ojos de la Madre encuentra los del Hijo; ellos se miran mutuamente; sus corazones conmovidos se comunican sus pensamientos con un lenguaje secreto y misterioso. En medio de tantos dolores, la vista de tanta firmeza en una madre enternece los corazones mas duros, como dice S. Bernardo. Los espectadores no pueden dejar de mezclar sus lágrimas con las de las hijas de Jerusalem, á las que Jesucristo habia prohibido compadecerse y llorar por él. Y cuando al ver la violencia de sus dolores, todos estaban conmovidos, todos daban gemidos, ella era la única que no lloraba, la única que padecía con calma y con resignacion. Bien diferente de Jacob, no deja de ver un movimiento, una señal, una palabra, ni aun una lágrima de dolor; no hace siquiera una reconvencion á la ingrata Sinagoga que le devuelve su Hijo en un estado tan lamentable y tan diferente de aquel en que María se lo ha entregado. Ella no deja oír una sola queja sobre el odio infernal de sus acusadores, sobre la injusticia de los magistrados, sobre la barbarie de los verdugos, ni sobre el ciego furor del pueblo. Ella no intenta siquiera lo que otra madre no hubiera podido dejar de hacer; esto es, precipitarse á través de la turba y penetrar hasta

su Hijo, para estrecharlo contra su corazon y ofrecerle algun consuelo. Por el contrario, reprimiendo la vehemencia de su ternura maternal herida tan profundamente, dominando su afecto y su dolor, y concentrando en el fondo de su corazon despedazado todas las angustias que la traspasan, y toda la tristeza que la abruma, acompaña á Jesus en silencio, como Abraham acompañó, dice S. Ambrosio, á su hijo Isaac hasta el lugar de su sacrificio. Además, como ella es la primera de los predestinados, es tambien la primera, añade un Santo Abad, en recorrer el camino; y practicando el Evangelio antes de su promulgacion, ella es la primera que, segun el precepto de Jesucristo, toma su cruz y le sigue al Calvario para ser crucificada.

Por consiguiente, si Jesucristo nos manifiesta que no se puede ir al cielo sino por el camino del Calvario, y siguiendo las pisadas ensangrentadas del Hijo de Dios, María nos muestra tambien que no se puede llegar á Jesucristo sino siguiendo las pisadas en compañía de su Madre; y que siguiéndola fielmente por el buen olor de sus virtudes, se sale al encuentro de Jesucristo; que en el camino andado por María es donde se encuentra á Jesus. Y en efecto la turba gloriosa de esas vírgenes heroicas, que, segun la profecía de David, caminarán por las pisadas de María, encontrarán á Jesus, el verdadero Rey de gloria, se presentarán á él y él las acogerá; y en pós de María su guía, seguirán al Cordero por todas partes. María por consiguiente á un tiempo mismo engendra hijos para la Iglesia por el heroismo de su caridad, y los conduce y los guía por la sublimidad de su ejemplo. Ella muestra y prepara el camino á los hijos de su amor y de su dolor, á quienes ha procurado la vida. (Vase la nota ventidos)

## CAPITULO VII.

**E**s necesario tener presente que el pecado de Eva no consistió solo en haber comido del fruto prohibido. Antes que ella levase su mano temeraria al funesto manjar, su pecado, aun cuando todavía no se habia manifestado esteriormente por la accion, estaba ya consumado en el desórden de los sentimientos del corazon. Ved, en efecto, dice San Bernardo, esta muger imprudente y orgullosa que, engañada por las falaces promesas de la serpiente, va á colocarse al pié del arbol cuyo fruto le habia prohibido Dios tocar. El precepto de Dios era sencillo, claro, terminante y confirmado con la mas terrible amenaza. Considerar este fruto con complacencia, era mirar con placer el veneno que debia darla la muerte. Por qué pues fija ella sus miradas sobre un objeto al que no le es permitido llevar la mano? Por qué se detiene en echar sus miradas de complacencia sobre este objeto culpable en sí mismo? En vano se escusaria ella diciendo que la órden de Dios solo prohibia comerlo, y no mirarlo; porque si la vista no es la consumacion del pecado, es sin embargo su principio. Y en efecto, mientras que la hermosura del fruto halaga su vista, el tentador se hace secretamente dueño de su corazon.

Apenas Eva se espuso al peligro de pecar, cuando ya habia pecado. La Escritura dice que ella vió que la fruta era tan deliciosa al gusto, como agradable á la vista, es decir, como lo observan los intérpretes, que este fruto funesto se atrajo por su hermosura exterior no solo las miradas, sino tambien el corazon de esta muger infiel; y que ella no solo se detuvo á considerarlo, sino que fijó en él su pensamiento y sus deseos.

Ella considera su belleza con curiosidad, y al momento codicia su esquisito gusto; ella se apodera de él, no solo con los ojos, sino tambien con el espíritu y el corazon. Ella se alimenta con el deseo, aun antes de llevar á él la mano. Todo su espíritu se estasia en él, aun antes de que lo acerque á sus labios. Ella se deleita en él con una sensual avidez, y una escesiva gula. Su imaginacion abulta las delicias que ella esperiméntará al comerla, y el bien grande y sublime que obtendrá despues de haberla comido; es decir, una semejanza perfecta con Dios, y la ciencia completa y perfecta del bien y del mal. Ella siente ya en su paladar tal sabor, y en su orgullo tal satisfaccion, que no encuentra diferencia alguna entre verla y cogerla, entre el goce puramente imaginario y las delicias reales del paladar. Despues de esto, no es necesario, dice un santo Padre, que Eva alargue ya la mano. Con sus miradas solas ha bebido ya todo el veneno, se ha embriagado y se ha saciado de él. Antes de concurrir con la obra á la culpa de Adán, la ha consumado ya en su corazon con sus miradas, y con su delectacion deliberada y culpable; y por lo que respecto á ella ha cometido ya cuanto se necesitaba, no solo para morir ella, segun la amenaza divina, sino para dar la muerte á todos los que nacerán de ella, y hacerse de este modo la madre infortunada de los muertos.

Por la misma razon no es tampoco necesario que María sea azotada y crucificada realmente con su Hijo para participar de sus tormentos y de sus oprobios, basta con que esté presente á ellos. Es suficiente que el espíritu de obediencia, de conformidad y de sumision á la voluntad de Dios conduzca á María al pié de la cruz, como el espíritu de oposicion á la voluntad divina habia conducido á Eva al pié del arbol. Es suficiente que María permanezca al pié del arbol de la vida con un corazon humilde y sumiso, con un corazon

traspasado de dolor, y respetando los severos decretos de Dios, como Eva permanecía junto al arbol de la muerte con un corazon víctima de un inmenso desorden, entregado á la concupiscencia y al menosprecio del precepto divino. Es suficiente que ella se detenga en un éxtasis de amargura á contemplar las angustias de su Hijo, como Eva se habia detenido en un éxtasis de sensualidad á saborear las delicias del fruto prohibido. Es bastante que sus miradas maternas sean emponzoñadas con la vista del espectáculo mas cruel y mas desgarrador, como las de Eva fueron encantadas por la vista mas agradable, mas deliciosa y mas seductora. Todo el horror y toda la amargura de los tormentos de su Hijo entrarán en su alma por sus miradas, asi como toda la dulzura venenosa del fruto prohibido penetró en el corazon de Eva por sus ojos. Por consiguiente, sin experimentar en su cuerpo los ultrajes de la cruz, sentirá en su corazon todo el dolor, y será saciada y embriagada de él; lo que ella le vea sufrir, lo sufrirá con él; y sin estar en la cruz con él, será sin embargo crucificada por él.

De este modo es en efecto como María vá asociarse á la inmolacion de Jesucristo y á participar de sus tormentos. El poder de la vista, decia S. Cipriano, la consideracion atenta del suplicio de su Hijo, será el instrumento cruel del martirio de esta tierna madre. Asi es como ella cooperará á la obra de nuestra salvacion, asi es como alcanzará de Jesucristo el mérito, y recibirá su recompensa, llegando á ser, por la vida que les dará, la madre afortunada de esos mismos hombres de quienes Eva por su orgullosa presuncion y su temeraria desobediencia, se hizo la madre infortunada, dándolos á luz para la muerte.

En tanto que el pueblo de Israel gemia en un duro cautiverio bajo la dominacion del rey de Egipto, Dios se manifestó á Moisés sobre el monte Sinai aun de

manera misteriosa. Este gran Profeta vé desde lejos una zarza devorada por una llama vivísima que la rodeaba y la quemaba incesantemente, sin consumirla. Sorprendido al ver un fenómeno tan extraordinario y tan singular, se dice á si mismo. Acerquémonos; y al momento se adelanta para contemplar mas de cerca esta grande y admirable vision. El se acerca pues á toda prisa; mas cuando llega al lugar del prodigio, la voz de un ser invisible le advierte que debe descalzarse por respeto, porque la tierra que pisa es santa y digna de veneracion. Este pasaje es una figura y una profecía del misterio del Calvario. Los Padres y los intérpretes están acordes en ver en esta zarza que está rodeada de llamas, sin consumirse, el Verbo de Dios hecho hombre, porque asi como la zarza es espinosa, áspera, vil y despreciable, asi tambien la humanidad que tomó el Verbo eterno no fué la humanidad de Adan inocente, sino la de Adan culpable, sujeta á todas las miserias, á escepcion del pecado; pobre, humilde y sumisa, como dice Cornelio de la Piedra, al trabajo, á las tribulaciones y á los dolores. El fuego significa los dolores inmensos y los ultrajes sangrientos, de que debe ser víctima esta santa humanidad; porque nada es mas comun en la Escritura que emplear la figura del fuego para significar las tribulaciones, las persecuciones y los padecimientos. Mas este fuego de nuestros trabajos y de nuestras miserias de que se ha vestido Jesucristo, no solo no ha alterado su divinidad, sino que tampoco ha disuelto ni reducido á cenizas, su santa humanidad, como parecia que debia suceder naturalmente, porque el Santo de Dios, segun la profecía de David, no debia ver la corrupcion del Sepulcro. Su nacimiento como hombre no perjudica en nada la virginidad de su Madre; ni su muerte debia tampoco alterar en lo mas mínimo la integridad de su cuerpo. Jesus en el Calvario fué colocado en el foco de los

mas terribles tormentos; por consiguiente, prosigue: el intérprete que acabamos de citar, el Verbo de Dios, que se deja oír en la zarza, es el mismo Verbo de Dios que está en la cruz. Esta vision, que Moisés llama con razon la GRAN VISION, es por consiguiente el espectáculo verdaderamente grande, el prodigio de los prodigios y la escena única de un Dios en la cruz por la salvacion del mundo. Y esto es tanto mas cierto cuanto que el lugar en que Jesucristo fué crucificado se llama, por un efecto de la voluntad divina, LA TIERRA DE LA VISION; porque en efecto el Calvario forma parte del monte Moria, en el que mandó Dios á Abraham sacrificar á su hijo Isaac, y fué indicado á este patriarca como la tierra de la vision por excelencia. De ahí nació, como nos lo advierte la Escritura, el proverbio que desde el tiempo de Abraham quedó entre los hebreos: DIOS VERÁ EN EL MONTE, proverbio, dice S. Gerónimo, que era á la vez una profecía y una súplica con que los Hebreos protestaban en sus penas y en sus aflicciones que el gran socorro debía venir del monte, y que la tierra de vision era tambien la tierra del socorro.

Mas si la vision misteriosa del Sinai es la figura de la vision mas misteriosa aun y mas augusta del Calvario, Moisés que se apresura á acercarse para considerar al Dios oculto en las llamas de la zarza, es la figura de María que se dispone á contemplar al Dios oculto en el seno de las humillaciones y de los tormentos atroces de la cruz.

Cuando la cohorte inhumana llega al Calvario, la vision inefable que tantos PROFETAS DE DIOS habian anunciado en el espacio de cuarenta siglos, comienza á esplicarse. Apresurémonos, dice entonces María á ser testigo de esta vision tan dolorosa y aflictiva para mí, como preciosa para el mundo; vision en la que todo es grande, porque el Dios de misericordia manifes-

tará al universo la grandeza de su amor, por la grandeza de sus sufrimientos y de sus oprobios.

María concurre á este espectáculo misterioso no solo por su propia voluntad, sino tambien porque el mismo Dios, como ya hemos dicho, la llama y quiere que asista á él, para hacerla depositaria de su última voluntad, y de sus designios de misericordia respecto á la Iglesia. De este mismo modo llamó Dios á Moisés á la vision del Sinai, para revelarle los designios de su vonda sobre el pueblo que habia elegido. El llama á María, él exige su preseneia, dice Ricardo de S. Victor, para que asi como habia sido por su dureza un prodigio de virginidad y un modelo de virgenes, fuese tambien por sus sufrimientos un prodigio de fortaleza y la reina de los mártires; y para que de este modo reuniese en sí el grado suprême de todos los privilegios, la belleza de la santidad de todos los santos, y fuese la primera en el mérito, asi como era la primera en dignidad, por ser su Madre. El la llama finalmente, dice el devoto Lasperg, y exige que esté presente, á fin de asociarse á todo cuanto iba á sufrir por los hombres, la que habia resuelto darles por Madre, y para que fuese en el Calvario la conductora del pueblo cristiano, como Moisés fué en el Sinai el conductor del pueblo hebreo.

Moisés no se aproxima á la zarza misteriosa, sino despues de haberse quitado por respeto el calzado, simbolo, dicen los intérpretes, de las pasiones humanas, de las afecciones terrenas y de los intereses temporales, de que debe despojarse el que quiera entrar á considerar los misterios de Dios. Del mismo modo María no se acerca al Calvario, tierra mucho mas santa y mas augusta, sino con un sentimiento profundo de religion, olvidando, por decirlo asi, todos sus derechos y todos sus deberes de Madre de Jesucristo, para sostener la alta dignidad de coreodora, asi como Jesucristo pare-

ce que olvida los afectos y las obligaciones de Hijo de María para mostrarse solo como Redentor del mundo: y así como Jesucristo en cualidad de tal no muere como los demás hijos, así tampoco María se manifiesta en esta muerte como las demás madres.

Penetrada María de tales sentimientos dignos de la presencia de un Hijo que tiene por Padre al mismo Dios, y el corazón de una Madre que tiene al mismo Dios por Hijo, se pone á considerar la grande y admirable vision que el amor de Dios y la perversidad de los hombres presentan á sus miradas maternales. Vision inefable y sublime, esclama San Agustin, vision en que la piedad es atormentada en lugar de la impiedad, vision en que la sabiduría es mofada en lugar de la necesidad, en que la verdad es destruida en lugar de la mentira, en que la justicia es condenada en vez de la iniquidad, en que la misericordia es afligida en lugar de la crueldad, en que la sinceridad es saciada de vinyagre, en que la dulzura es emponzoñada con hiel en vez de la miseria, y en que la inocencia es castigada por el crimen, y la misma vida muere en lugar de la muerte.

Acercuémonos con el pensamiento á María en el Calvario. Ella vá allí á contemplar los misterios y á tomar parte en los dolores de su Hijo. Nosotros por consiguiente debemos detenernos á considerar, con los misterios y los padecimientos del Hijo, los misterios y los dolores de la Madre. Porque, como ya hemos dicho, despues del espectáculo y la memoria de la agonía y de la muerte de Jesucristo, no hay espectáculo mas interesante, no hay recuerdo mas augusto ni mas digno de respeto, mas tierno ni mas devoto, dice S. Amadeo, que el de la magnanimidad con que el amor de María la hace sufrir por nosotros. (*Vease la nota centésima.*)

## CAPITULO VIII.

Es propia del amor que se llama amor de amistad trasformar, como observa Santo Tomás, la persona que ama en la persona amada, é identificarlas de tal modo que cada una de ellas mire los bienes y los males, los consuelos y las penas de la otra, como si fuesen propios. Nosotros nos movemos á compasion cuando vemos padecer á otro, y no cuando padecemos nosotros mismos; y el amor nos hace mirar á un padre ó á un amigo como á nosotros mismos, por consiguiente cuando él padece, nos compadecemos de él, experimentamos sus propios dolores, nos afligimos de sus males, y padecemos en él y con él.

Este sentimiento, que es comun á todos los que tienen un verdadero amor á otro, tiene tanta fuerza, tanta energia y tanta vehemencia en los padres, y particularmente en una madre respecto á su hijo, que no necesita experimentar sus males para sentir toda la pena. Le es bastante, dice Erasmo, conocerlos para ser mas atormentada y mas afligida que si ella misma los experimentase, y para sufrir en la persona de su hijo mas que sufre él mismo.

Ved esa muger que corre desconsolada detras de Jesucristo, lamentándose, llenando los aires de gemidos y de gritos, y pidiendo al Señor que tenga compasion y piedad de ella. En vano la turba la aleja, en vano los apóstoles la rechazan, y en vano Jesus, no solo no la recibe ni la atiende, sino que para poner su fé á una delicada prueba, finge que la desprecia. Nada es capaz de desalentarla ni obligarla á callar; nada puede impedirle que implore su misericordia y su auxilio. Pero, qué es lo que quiere? Qué pretende? Qué espera?